

nadora de España é hija de Cárlos V, era del rey D. Sebastian madre; y la madre y la abuela contendian por la regencia y tutoría del niño, teniendo que componerlas y arreglarlas su padre y hermano el Emperador. Luego, estando en Badajoz la reina D.^a Leonor, despues de haber estado en Yuste, el asma, de que padecia, le causó la muerte; y esta muerte produjo al Emperador grandes tristezas. Sobre todo, cuando la reina viuda de Hungría volvió sin su hermana inseparable al lado del Emperador, la mutua tristeza de los dos se agravó con extraordinaria gravedad; y una y otro presintieron cuán cerca estaban del eterno descanso y del supremo juicio. Entre todas estas atenciones de familia, ninguna le molestaba tanto como la pretension de su hija la gobernadora, empeñada en que admitiese allí en Yuste á su nieto el príncipe D. Cárlos á ver si podia someterlo á cualquier disciplina, ya que no estaba en sus manos, demasiado flacas y débiles como de mujer, no ya domarlo, ni aun regirlo. Atenciones mas gratas distraian al Emperador por aquel tiempo. Un misterioso hijo suyo, que revelaba el esplendor de su origen imperial en la espaciosa frente y la atrevida mirada; de rubio cabello, de gentil apostura; nacido en Alemania de rápidos y fugaces amores con una jóven llamada Bárbara de Blomberg; llegaba de Leganés, donde se habia criado en la libertad del campo, á Luacos, cerca de Yuste, donde le cuidaba D.^a Magdalena de Ulloa, mujer ilustre y esposa devotísima del mayordomo mayor Luis Quijada, y que no teniendo hijos, educó para las grandezas morales de la inmortalidad al héroe de Lepanto. Sigilosamente oculto bajo el nombre de Jerónimo, Cárlos en secreto papel habíale recomendado á su hijo Felipe II á fin de que la sangre imperial, que llevaba en sus venas, y que le infundia desde la niñez un verdadero heroísmo, no sufriese mengua ó desdoro por los vicios de una mala educacion ó por las fatalidades compañeras de toda gran miseria. Juan de Austria no supo quién era su padre hasta un año antes de la muerte de éste, allí mismo en el Monasterio. Y tal culto le guardó, que, al morir, encargó á su hermano Felipe II, que le permitiese dormir el sueño de la muerte sobrevenida en la temprana edad de treinta y tres años, al lado de su padre, cuya gloria inmortal aun podia de seguro acrecentarse con la aureola ceñida por tantas y tan gloriosas victorias á las sienas de su hijo.

Nacido el Emperador al comienzo mismo del siglo XVI, tenia cincuenta y

ocho años el año de su muerte. Aquejábanle, como hemos visto, muchas y muy graves enfermedades, heredadas unas de sus enfermizos progenitores, y adquiridas otras en su existencia tormentosa. Desde luego el desarreglo nervioso, llegado en su madre hasta la demencia, poseyóle como por juro de heredad, causándole mas de una perturbacion y perturbacion gravísima en su flaca salud. A este desarreglo debíanse los frecuentes ataques epilépticos, registrados algunos de ellos por los cronistas, y bastante intensos, si no para extinguir, para de continuo amenazar su vida. La gota, mas arraigada en él que la epilepsia, causóle tormentos indecibles, y le tuvo casi en constante debilidad y pasion. Complicábanse todas estas lacas de su cuerpo con voraz apetito parecido á un hambre continúa. Este apetito le constreñia de suyo á comer muchísimo; y este comer excesivo le causaba, si no indigestiones, desarreglo en el estómago y turbacion insana en sus facultades digestivas. Agréguese á esto la configuracion de sus mandíbulas y la imposibilidad absoluta de masticar por ende bien sus alimentos diarios, y tendrás una idea clara de las enfermedades que trajeron la muerte del Emperador Cárlos V.

No se moderó éste gran cosa en la mesa despues de su abdicacion y de su retiro. Apartado del mundo para satisfacer sus propensiones individuales, interrumpidas por los públicos negocios, debia darse todo entero á la mas natural y mas fácil de satisfacer, á la propension por la comida y la mesa. Curábanse los suyos muchísimo de que no le faltase ninguno de sus manjares preferidos. Los correos de Valladolid á Lisboa rodeaban mucho, apartándose del camino recto y ordinario, para dejarle pescado de mar en Yuste. Recibia el corregidor de Plasencia las órdenes mas estrechas de Valladolid á fin de que proveyese al Emperador en cuanto respecto á viandas le demandase; y con esto y con todo, aun tenian mil dificultades entre sí abocadas á verdaderos litigios. Las monjas españolas, tan diestras en el arte de la confitura; los prelados, de tan provistas despensas entre nosotros; los nobles mismos, á porfía, le mandaban regalos. Perejon refiere «que Valladolid le mandaba sus pasteles de anguilas, Ciudad-Real su caza, Zaragoza sus terneras, Gama sus perdices, Denia sus salchichas, Cádiz sus anchoas, Sevilla sus ostras, Lisboa sus lenguados, Extremadura sus aceitunas, Toledo sus mazapanes, y Guadalupe cuantos guisos inventaba la fértil fantasía de los innu-

merables cocineros. Nada tan natural como los continuos lamentos del mayordomo Quijada en vista de todas estas tentaciones á la gula incurable de su amo. Así decia que se desesperaba de curarlo, porque «la gota se cura tapando la boca,» y la boca del César estaba siempre abierta con voracidad indecible.

Terminaba el año penúltimo de su vida y comenzaba el último, cuando le saltó un asalto terrible de su enfermedad crónica, durándole desde el 27 de diciembre al 4 de enero con grande intensidad, y no remitiéndole hasta el 26 de este mes mismo. Recorrióle todo el cuerpo su mal; y ya le hinchó la mano derecha, ya el brazo izquierdo, y le bajó á las rodillas y le subió á las espaldas, causándole indecibles dolores. Fué, pues, aquel ataque tan duro que, no bastando la ciencia y la experiencia de su médico de cabecera, trajeron otro desde Milan, por cierto muy renombrado, quien se limitó á darle algunas yerbas del campo cocidas en pucheros de agua clara. El estío de 1558, á cuyo término debia terminar tambien la vida de Carlos V, comenzó bajo buenos auspicios, y recompuso un tanto el desquiciado cuerpo. Por mayo, y poco despues de Pascua, la primavera parecia darle su savia, segun lo intenso y vivaz del regocijo que sentia retozarle por el ánimo y por el cuerpo. Al mismo tiempo que los naranjales florecian coronando con sus guirnaldas de azahar aquellas deleitosas regiones, ostentaban los cerezos sus frutillas rojas, como el coral, de las cuales comia sin tasa, en guisa de campestre rapaz, el buen Emperador. Y cual si tuviese un estómago libre de achaques, echábase además entre pecho y espalda, despues de su corriente asentada de cerezas, escudillas y mas escudillas de crema, y grandes trozos de jamon salado y de pasteles cubiertos con toda clase de especias. Mathys, su médico, apenábase hasta la desolacion de tamaña voracidad. El exceso en comer pescado y el abuso de la canela y la pimienta daban al decadente y gastado César unas erupciones cutáneas tan fuertes, sobre todo, á las piernas, que le traian á mal traer, y le amenazaban, no solo con malestar crónico, sino tambien con molestias é indisposiciones peligrosas. Sobre todo asaltábale, de vez en cuando, un dolor de cabeza, tan fuerte de suyo é intenso, que acusaba tendencias apopléticas, muy de temer en aquella salud resentida y en aquella edad propecta.

Lo cierto es que, por agosto de 1558, veíase venir, y á todo andar, la

muerte sobre la cabeza imperial. Molestado sobremanera por el picor de las piernas, y no pudiendo llevar en paciencia tal molestia, tomaba remedios repercusivos, mas peligrosos que la misma enfermedad. En vano le observaba su médico, en repetidas consultas, cómo tales remedios le infundian exaltadas calenturas; el Emperador preferia el enardecimiento intenso de su sangre al externo escozor de su piel. Como se abrasaba con aquellos picores y aquellas calenturas; como su sangre en las venas hervia y su piel tostada por el fuego de las erupciones le abrasaba médula y huesos; tenia que vivir suspirando por el fresco, y se dejaba de noche, para poder descansar algo en su abrasada estancia, las ventanas abiertas. El excesivo calor del día, que convierte los cielos en volcanes, no continuaba en aquellas montañas por las noches, y mucho menos por las madrugadas. Esta desproporcion grandísima entre temperatura y temperatura quebrantara naturalezas mas fuertes que la quebradiza y maltrecha del decrepito Carlos V. Así, tomó un resfriado de garganta, y sintió nuevo acceso de gota, extraño en él por la estacion veraniega. El 10 de agosto, fiesta de San Lorenzo, fué á misa, pero apoyado en sus gentiles hombres. Y el 15 de agosto, fiesta de la Asuncion, comulgó; pero sentado en silla de mano, y sin poder arrodillarse. Rodábale la cabeza; desfallecíansele las fuerzas: debilidad mortal le postraba, y le combatian asaltos periódicos de calor y frio verdaderamente tercianarios. La estacion, de suyo calurosísima, estaba plagada en aquel año de plagas mortales. Una epidemia horrible de fiebres palúdicas extendia por todas partes su funesto imperio. La gobernadora D.^a Juana se quejaba de tal epidemia en Valladolid; la reina de Hungría en Cigales. Jarandilla estaba en tales términos infestada que habia caido en cama el conde mismo de Oropesa. Los criados de Carlos V sintieron el contagio, que despobló comarcas enteras, y adquirió las proporciones de una calamidad regional.

El 28 de agosto refrescó un tanto el tiempo, á causa de haberse desencadenado tempestad tan terrible, que se inundaron los valles y murieron nada menos que veintiocho vacas heridas por el rayo. Este frescor alivió un tanto el malestar material de Carlos; y este alivio le permitió cierto vagar para consagrarse á sus quehaceres y visitas. Como hemos visto, la vida del claustro no podia obstar en modo alguno á las ocupaciones del estadista. Desasido

del mundo, retirado en tales breñas, Carlos de Austria estaba por razón de su actividad y de su celo á un mismo tiempo en todas partes. Al reponerse un poco de la congoja mortal, en que le postraran los últimos calores, volvió con redoblado empeño á la dirección de los públicos negocios. Uno trascendental á todo el Imperio y superior á los demás le traía embargado entonces el ánimo: la insistente pretension de Felipe II á que fuese gobernadora de Flandes la mas sabia entre todas las ilustres hermanas de Carlos V, la reina de Hungría. Garcilaso de la Vega, venido de Flandes en compañía de Carranza el arzobispo toledano y de Figueroa el regente aragonés, apartóse de ambos compañeros, y tomó el camino de Yuste, para decidir al Emperador, según los encargos del rey su hijo, á que obligase á la reina de Hungría por todos los medios á gobernar en Flandes, y exigiese de Maximiliano, el rey de Bohemia, mejor trato para su esposa la pobre infanta de España doña María. En vista de tales comunicaciones consagró Carlos como un jornalero todos aquellos días á escribir cartas y mas cartas para la regente del reino su hija, para la reina de Hungría su hermana, para el doctor Vazquez, ministro y canciller, dando soluciones en todas á los negocios pendientes. Conjuraba en ellas con palabras elocuentes y vehementísimas á la reina para que accorriese á Felipe II en sus necesidades y le ayudase con verdadero auxilio en el gobierno. Felipe debía ser para ella un hijo, puesto que hijo natural y legítimo era de su hermano predilecto. Y despues de haber una señora y princesa de su temple trabajado tanto y tanto sufrido por la gloria de su familia y por el esplendor de sus innumerables tronos, parecíale imposible que vacilase ahora en el sacrificio último á que la impelian ineludibles deberes. El estado de Flandes se agravaba por minutos, y la salud de todos exigía el cumplimiento de aquellos deberes penosos en la que, no solo era por su dignidad reina, sino tambien por la elevacion de sus miras y por la variedad de sus talentos. Partiósese Garcilaso de Yuste á Cigales, donde la reina viuda de Hungría moraba, portador de tan importante carta; y al despedirse y separarse de Garcilaso, Carlos sintió el primer asomo de la enfermedad que debía ser la última de su vida y la causante de su muerte.

El médico Mathys escribía con fecha 1.º de setiembre á Valladolid amplia carta sobre los achaques del Emperador; y su carta es el testimonio feh-

ciente, donde todos los historiadores han acudido para informarse de los últimos momentos del augusto César. A fines de aquel mes Carlos había sentido exacerbarse su pierna y enardecerse su cabeza. En estos ardores de su sangre abrasada resolvió comer al aire libre, y en la terraza de su palacio, el día 30 de agosto. Reverberaba el sol en las piedras con reverberaciones tan calurosas que lejos de moderar el ardor sentido por el enfermo, lo aumentaron y con verdaderas creces. Comió, pues, muy poco en aquel hornillo ardiente; y tuvo á consecuencia de su estada en él fortísimos dolores acompañados de mareos á la cabeza. El insomnio sobrevino tras los mareos, y la sed tras los ardores. El Emperador bebió mucho. Sintióse mejor, descargado de fiebre á la mañana siguiente; pero muy acabado de fuerzas por los anhelos de la sed y por las mismas satisfacciones que á esta sed diera con el exceso de bebida. Todo apetito había huido de aquel cuerpo. El frío, frío intensísimo, y de muerte, corría por sus espaldas, por su espina dorsal, y por su cabeza, en alternativas con el calor. El 1.º de setiembre la fiebre había entrado intensa en su cuerpo, y el delirio con la fiebre. En vano quería levantarse y contrastar la enfermedad asesina. La materia con toda su enorme pesadumbre aplastaba el frágil cuerpo de aquel hombre, que había sostenido en sus espaldas la inmensa pesadumbre del planeta. Un parasismo le oscureció la vista y le puso en trance de acabar para siempre. Así decidió que comunicaran tales noticias á su hija la gobernadora, y que apercibieran lo necesario á las últimas disposiciones testamentarias. Carlos sentía que se le acababa la vida.

El 2 de setiembre creció la calentura; y con la calentura la sed. Diéronle á beber un poco de azúcar rosado á las siete de la mañana, hora en que venció el parasismo, que lo había tenido fuera de su juicio, y sin acordarse para nada en absoluto de cosa ninguna. Sus criados, y especialmente Quijada, el mayordomo mayor, aunque muy confiado en la salud del César y por lo tanto muy engañado é iluso, le propusieron la venida de un nuevo médico; pero Carlos se negó en absoluto á tal extremo. Durante la noche del 2 al 3, crecieron sus angustias. Aunque rendido á la fatiga, solía dormirse y despertarse luego cada media hora, como una luz trémula, que combatida por el viento, se apaga y enciende á repetidos intervalos. El día 3 de setiem-